

## CAPITULO VIII.

EL ESPIRITU SANTO PROMETIDO Y FIGURADO  
EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

SUMARIO.—Promesas del Espíritu Santo: Joel, Ageo, Zacarías.—  
Figuras: los siete días de la creación, el candelabro de los siete  
brazos, el edificio de la Sabiduría eterna con las siete colum-  
nas.

El Mesías ha sido prometido; el Espíritu Santo lo fué también. Después de la promesa, tantas veces renovada en terminos más ó ménos explícitos, de la venida del Espíritu Santo al mundo (1). Dios ordena al profeta Joel que la publique claramente más de seiscientos años ántes del día memorable en que debía realizarse. El profeta se dirige en persona de los Judíos á todos los pueblos llamados á hacerse por la fé hijos de Abraham. Su inspirada mirada ve al mismo tiempo al Verbo que se encarna y al Espíritu Santo que descende. Presentes están á su vista las dos personas adorables y con el mismo entusiasmo habla de la una y de la otra.

“Hijos de Sion, exclama, gozaos y alegraos en el Señor Dios nuestro; porque os dará el Doctor de la justicia y hará descender sobre vosotros el rocío de la mañana y el de la tarde, así como era al principio. Y se llenarán las eras de trigo y rebosarán los lugares de vino y de aceite. Y os recompensaré los años que comió la langosta, el pulgon y la roya y la oruga: mi ejército terrible que yo envié contra vosotros. Y comereis abundantemente y os hartareis, y loa-

1. *Is.* XLIV, 3; *Ezech*, XI, 19; XXXVI, 26, &c.

reis el nombre del Señor Dios Vuestro, que hizo maravillas con vosotros, y nunca jamás será confundido mi pueblo. Y sabreis que yo estoy en medio de Israel, yo el Señor, vuestro Dios y no hay otro (1).

El gozo, la abundancia de todos los bienes espirituales, la reparacion de todos los males debajo de cuyo peso gemia el linaje humano desde la caída primitiva, la presencia permanente del mismo Señor en medio de su pueblo, que es la gran nación católica; hé ahí bien claro los rasgos distintivos del reino del Mesías. Cuando el Verbo encarnado eche los fundamentos de esta felicidad universal, y riegne con su sangre en la mañana y en la tarde de su vida esta tierra del mundo, ¿qué va á suceder? Oigamos al profeta: “Y acaecerá después de esto, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños (tendrán revelaciones), y vuestras jóvenes verán visiones. Y aun también sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días (2).”

Tales son, en general, los beneficios que el mundo deberá al Espíritu Santo. ¿Cómo debía este solo anuncio hacer palpitar todos los corazones! ¿Cómo debían conjurar al Señor los justos de la antigua ley, para que acelerase el gran día de su venida! A fin de consolarlos, el Señor tuvo á bien prometerles por el profeta Ageo el próximo advenimiento del Espíritu Santo. Judá volvía de Babilonia: andaba muy

1. *Joel*, cap. II, v. 23-27.

2. *Ibid.*, v. 28-29.—El día mismo de Pentecostés declaró San Pedro á los Judíos, que las maravillas que presenciaban con sus ojos eran el cumplimiento de la promesa del Señor, hecha por el profeta Joel. Todos los Padres hablan como el Príncipe de los apóstoles. Véase entre otros á *San Crisost. in princ. Act. Ap.*, y *Corn. á Lap.* in *Joel*, II, 28.

ocupada en la construcción del segundo templo; pero los corazones estaban tristes. No se podía ménos de gemir al pensar en la magnificencia del templo antiguo y en la pobreza relativa del nuevo, que se levantaba penosamente en medio de mil dificultades de toda clase.

Ageo recibe órden de alentar al pueblo. Como Joel, ve y anuncia la venida de dos personas de la adorable Trinidad: el Espíritu Santo que conforme á las antiguas promesas vendrá muy pronto á recidir en medio de su pueblo: el Verbo hecho carne que se dignará de santificar el nuevo templo con su presencia personal. "Profeta, le dice el Señor, habla á Zorobabel, hijo de Salathiel, príncipe de Judá; y á Jesus, hijo de Josedech, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, y diles: Ten buen ánimo, Zorobabel, ten buen ánimo Jesus, hijo de Josedech, y ten buen ánimo, todo el pueblo de la tierra, y trabajad, pues yo soy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos. (Voy á cumplirlos), la palabra que concerté con vosotros cuando salíais de la tierra de Egipto; y mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis. . . . Aun falta un poco; y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y la mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes, y vendrá el Deseado de todas las naciones, y henchiré esta casa de gloria. . . . y grande será la gloria de esta última casa, más que la de la primera (1)."

Esta segunda promesa más explícita que la primera, no se limita al anuncio de la venida del Espíritu Santo, sino que designa la época. Vendrá cuando el mundo será sacado de la verdadera esclavitud de Egipto por la sangre del Cordero de Dios, cuando los apóstoles se dedicarán á cons-

1. *Agto.* II, v. 2-10.—Todos los Padres, San Atanasio, San Cirilo de Jerusalen, San Gregorio Niseno, Teodoreto, & han visto en estas notables palabras la promesa del Espíritu Santo. Véanse, entre otros, San Jerón. in *Agg.* II, y *Corn. á Lap. ibid.*

truir el gran edificio católico, en que el Espíritu Santo debe habitar eternamente.

Hácia la misma época, otro profeta, Zacarías, es encargado de anunciar la venida del divino Espíritu, que debe cambiar la faz de la tierra despues de haber cambiado los corazones: Tambien aquí el Señor tiene cuidado de reunir en la misma prediccion la venida del Mesías y el descendimiento del Espíritu Santo. La razon es, que estos dos acontecimientos se relacionan íntimamente. El primero es la prueba del segundo, y el segundo es [consecuencia del primero. No se puede admitir el uno sin admitir el otro. "Y acaecerá en aquel dia, dice el Señor, procuraré abatir todas las gentes que vengan contra Jerusalen. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalen el Espíritu de gracia y de oracion; y pondrán su vista en Mí, á quien habrán crucificado. Y llorarán sobre Mí, como sobre un hijo único; y harán duelo como se suele hacer en la muerte de un primogénito (1)."

Zacarías, dicen los Padres é intérpretes, leyendo lo más remoto de las edades, fija su vista en el dia memorable de Pentecostés, en que el Espíritu Santo descende sobre los apóstoles reunidos en Jerusalen. Ve al divino Espíritu produciendo la gracia y la santificacion; despues oye los gemidos y súplicas de las almas iluminadas sobre el enorme atentado cometido por la nacion judía en la persona adorable del Mesías. Todo esto es tan preciso, que el libro de los *Hechos Apóstolicos*, al referir la historia de Pentecostés, no parece sino la reproduccion de las palabras de Zacarías (2).

Pero Dios no anunció solamente al mundo la venida del

1. *Zach.* XII, 9, 10.

2. Véase *Corn. á Lap.*, in *Zach.*, XII, 9; et *S. Jerom.* in *Zach.*

Espíritu santificador por medio de estas promesas solemnes y otras muchas que abundan en el Antiguo Testamento.

En cuanto al Mesías, vemos que además de las promesas, hay innumerables figuras, que llaman continuamente la atención hácia el futuro Libertador. Lo mismo sucede respecto del Espíritu Santo. Al lado de las promesas se muestran constantemente las figuras, que lo revelan en su naturaleza y en sus dones. Apoyándonos en la autoridad de los santos doctores, vamos á dar á conocer algunas.

El Espíritu de los siete dones, que es el principio vital, la luz, la belleza del mundo moral y de la Iglesia en particular, se encuentra representado en los diferentes setenarios que tan frecuentemente salen en la creación del mundo material y en la formación del pueblo figurativo. Citarémos solo dos ejemplos; el mundo físico fué criado en seis días, seguidos del día de descanso; y lo mismo sucede con el mundo moral. El sublime compendio de este, el hombre, es formado por el Espíritu de los siete dones.

En el orden de la naturaleza, la luz aparece el día primero. Es figura del don de temor, mediante el cual el hombre comienza á conocer á Dios eficazmente, conforme aquella palabra del profeta: *El temor de Dios es el principio de la sabiduría.*

En el segundo día de la creación, se despliega el firmamento que separa las aguas inferiores de las superiores. Es emblema del don de ciencia, que nos enseña á discernir las doctrinas verdaderas de las falsas. Adornado el hombre de este precioso don, se asemeja al firmamento por la estabilidad inquebrantable de su fe. Manteniendo una separación radical entre la verdad y el error, les impide juntarse jamás en su inteligencia para sumirla en el caos. No de otro modo

el firmamento, colocado inmutablemente entre las aguas superiores y las inferiores, les impide confundir sus masas y producir un nuevo diluvio.

El tercer día, la tierra se separó de las aguas. La tierra mostrando enjuta su superficie, se cubre de toda suerte de yerbas y plantas. Es una imagen viva del don de piedad. Separado el hombre de las aguas inferiores, es decir, de las doctrinas de mentira, idolatría, superstición, incredulidad y vivificado por el don de piedad, honra al verdadero Dios, y produce las flores de los buenos deseos, las yerbas saludables de las palabras santas, y en fin, los frutos excelentes de las obras de caridad para con Dios y para con el prójimo.

En el día cuarto, aparecen las dos grandes lumbreras, el sol y la luna acompañadas de millares de estrellas. Aquí se ve en toda su magnificencia el don de consejo. Antorcha del día, semejante al sol, alumbrando todo el sistema del mundo sobrenatural; antorcha de la noche, semejante á la luna, ilumina todo el sistema del mundo inferior; semejante á las estrellas, que diseminadas en toda la extensión del firmamento iluminan todas sus partes, el don de consejo alumbrando cada una de nuestras facultades y dirigiendo cada uno de nuestros sentidos.

Al quinto día, los peces y las aves nacen del mismo elemento; los primeros viven en las aguas, las segundas vuelan por los aires. ¿Podía la sabiduría eterna prefigurar mejor el don de fortaleza? Gracias á su eficacia, nacen y se fortifican en el corazón las buenas resoluciones; y los buenos pensamientos vuelan á Dios, rompiendo las resistencias de los demonios que llenan el aire que nos rodea.

En el día sexto tiene lugar la creación de los animales y del hombre que es su rey. Hé ahí el don de entendimiento.

El hombre que lo posee conoce claramente su doble naturaleza y la aprecia; sabe que la parte superior debe dominar á la inferior; conoce además las reglas que ha de seguir para mantener esta subordinacion, principio de virtud y de armonía universal.

En el día sétimo, Dios descansa y lo bendice. Tal es la figura perfectamente exacta del don de sabiduría, el más noble de todos. Por él descansa el alma deliciosamente en Dios. Sin encontrar gusto en nada que no sea El, espera en paz el día eterno en que irá á darle gracias por todo lo que ha hecho en ella y para ella. De este modo corona Dios en el día sétimo la obra de la creacion del mundo material; y así tambien el Espíritu Santo termina con el don sétimo la creacion de un mundo más noble, el hombre, que es su imagen y su hijo (1).

Si alguno siente la tentacion de no ver más que un juego de la imaginacion en este paralelo entre la creacion del mundo material y la del moral, entre lo que pasó en el origen de los tiempos y lo que se ha realizado en la plenitud de las edades, bastará recordarle la doctrina de San Pablo y de los Padres. Todos enseñan que el Antiguo Testamento es al Evangelio lo que la rosa en capullo á la rosa abierta; que el mundo físico es un reflejo del mundo moral, que uno y otro han sido hechos por el mismo Espíritu, bajo el mismo plan y con el mismo fin; y que así el anuncio figurativo del Espíritu Santo comienza, como el del Mesías, en el primer día del mundo.

Otra figura amás trasparente que la primera, es el candilabro de siete brazos. Hallábanse en medio del desierto; Israel salido de Egipto estaba en marcha hácia la tierra prometida. Dios llama á Moisés y le manda hacer el Taberná-

1. Véase acerca de esta hermosa filosofía á *S. Anton., Summ. theol.* 1 art. t. X, c. 1, pár. 1.

de vuestro pecho el corazon de piedra, y os daré corazon de carne. Y pondré mi Espíritu en medio de vosotros: y haré que andeis en mis preceptos, y que guardéis y hagais mis juicios. . . . Y sereis mi pueblo y yo seré vuestro Dios (1)."

La primera cosa que llama la atencion del profeta es el gran nombre de Dios indignamente profanado entre todas las naciones. He ahí claramente el reinado de la idolatría, tal como la historia nos lo muestra á la venida del Redentor; reinado de supersticiones vergonzosas y crueles, en que el nombre de Dios dado á los cocodrilos, á las serpientes, á los gatos, á las legumbres y á las piedras, recibia los más sangrientos ultrajes. Luego, el profeta ve caer repentinamente del cielo un agua pura que lava la tierra y á sus habitantes de todas sus iniquidades, y que el nombre santo de Dios vuelve á ser objeto del respeto y de la adoracion universales. Véanse aquí los sacramentos, y sobre todo el bautismo, en que el judío y el pagano se han purificado de sus inmundicias, y han encontrado la blancura de la inocencia.

Despues de esta purificacion universal, ve Ezequiel el descendimiento del Espíritu del Señor; el cual anima á los hombres nuevos y les hace caminar con paso firme por los senderos de la virtud, de modo que el verdadero Dios será en adelante para ellos el Dios único, y ellos de adoradores que eran de los ídolos, se convertirán en el pueblo querido de Dios. ¿Se podria describir mejor el milagro de Pentecostés? ¿No es una verdad manifiesta, que desde aquel gran día el linaje humano se despojó de su corazon de piedra y recibió un corazon nuevo; y que el gran ciego, cuya marcha habia sido por espacio de dos mil años un extravío continuo, entró en el luminoso camino de la verdad y la civilizacion? (2)

1. *Ezech.*, xxxvi, 23-28.

2. *S. Aug., De doct. christ.* lib. III, c. xxxiv, n. 28; et *Patres*, passim *apud Corn. á Lapid.*, *Ezech.* xxxvi, 25.

En otra parte el Altísimo revela á Ezequiel la acción regeneradora del Espíritu Santo bajo la figura más sorprendente. Para hacer ver al profeta, que este Espíritu de vida, que según los vaticinios de David, debía sacar al mundo del sepulcro de sus errores y sus vicios, llevaría á cabo su misión milagrosa en toda su extensión, he aquí lo que el Señor hace.

“Vino sobre mí la mano del Señor, dice Ezequiel, y me sacó fuera en espíritu del Señor, y me dejó en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Y me llevó alrededor de ellos; y eran en más gran número sobre la haz del campo y secos en extremo. Y díjome: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso, que vivirán estos huesos? Y dije: Señor Dios, tú lo sabes. Y díjome: Profetiza sobre estos huesos, y les dirás: Huesos secos, oid la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios á estos huesos: He aquí yo haré entrar en vosotros espíritu, y vivireis. Y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer carnes sobre vosotros, y extenderé piel sobre vosotros: y os daré espíritu y vivireis, y sabreis que yo soy el Señor.

“Y profeticé como me lo había mandado: mas cuando yo profetizaba, hubo ruido, y he aquí una conmoción: y ayuntáronse huesos á huesos, cada uno á su coyuntura. Y miré, y vi que subieron nervios y carnes sobre ellos: y se extendió en ellos piel por encima, mas no tenían espíritu. Y díjome: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: de los cuatro vientos, ven, oh Espíritu, y sopla sobre estos muertos, y revivan.

“Y profeticé como me lo había mandado: y entró en ellos espíritu y vivieron: y se levantaron sobre sus pies un ejército numeroso en extremo. Y me dijo: Hijo de hombre, todos estos huesos, la casa de Israel es: ellos dicen: Secáronse

nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza, y hemos sido cortados. Por tanto, profetiza, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: He aquí yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os conduciré á la tierra de Israel. Y sabreis que yo soy el Señor, . . . cuando pusiere mi Espíritu en vosotros, y viviereis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabreis que yo el Señor hablé é hice, dice el Señor Dios (1).”

Energía, precisión, transparencia, ¿qué le falta á esta profecía sobre la resurrección moral de la humanidad por el soplo del Espíritu Santo? Cuando la tercera persona de la augustísima Trinidad soplo sobre el mundo por la palabra de los apóstoles salidos del Cenáculo ¿no era toda la tierra un campo lleno de huesos? ¿Qué pueblo vivía entonces con la vida verdadera? Esos huesos, ¿no estaban desecados por el tiempo, y calcinados por el hálito abrasador del Espíritu homicida, espíritu de orgullo y sensualidad? ¿Qué otro espíritu esparció el movimiento y la vida en este vasto osario del linaje humano? Proponer estas cuestiones equivale á resolverlas.

Pasemos á otra profecía. En ella aparecen igualmente reunidas las dos personas adorables de la Trinidad, cuya venida había de salvar al universo. Es Zacarías quien habla. Bajo la figura del restablecimiento de Israel en la patria de sus abuelos y de la construcción del segundo templo, anuncia la gran realidad del restablecimiento universal de todas las cosas y la fundación de la Iglesia, templo inmortal del verdadero Dios. El Oriente magnífico se levanta sobre el mundo: se construye el mismo un templo del que es á la vez el pontífice y la piedra angular. Siete ojos brillan en esta piedra magníficamente cincelada. Ante sus esplen-

1. *Ezech.*, xxxvii, 1-14.

dores, la iniquidad desaparece de la tierra, y la paz reina por todas partes.

“Oye Jesus, sumo sacerdote, dice el profeta, tú y tus amigos que moran delante de tí, que son varones de portento: Mira que yo haré venir á mi siervo el Oriente. He aquí la piedra que puse delante de Jesus: sobre esta única piedra hay siete ojos: he aquí yo la labraré con eincel, dice el Señor de los ejércitos, y quitaré la maldad de aquella tierra en un dia. En aquel dia, dice el Señor de los ejércitos, llamará cada uno á su amigo debajo de su vid y debajo de su higuera. (III, 8).”

Toda la tradicion ha visto claramente designado al Mesías en este notable oráculo. Como Dios, es ciertamente el Oriente verdadero, el único principio de toda luz. Como hombre inferior á su Padre, es el verdadero servidor del Dios de los ejércitos. Evidentemente El y solo El es tambien la piedra fundamental de su Iglesia, figurada en el templo en cuya construccion se ocupaba entonces Jesús, el hijo de Josedech. Pues como la Iglesia es un tiempo vivo, la piedra que le sirve de base debe ser viva: como el edificio es obra de Dios, su cimiento debe ser el mismo Dios: los ojos que adornan esa piedra fundamental, lo indican con una figura elocuente. Es uso constante entre los diferentes pueblos representar á Dios por la figura de un ojo abierto, para dar á entender que pertenece á la esencia divina el verlo todo y estar en todas partes. En Egipto, el emblema de Osiris era un ojo con un cetro encima. En Grecia, la estatua de Júpiter tenia tres ojos, para significar la triple providencia sobre el cielo, la tierra y el mar (1). En el arte cristiano, el ojo es todavía el emblema de la divinidad.

1. *Macrob.*, lib. 1, cap. XXI; *Plutarch.*, *De Oside et Osiride*; *Pausan.*, in *Corinth*; *Pierius*, *hierogl.* xxxiii, 15.

Así, el ojo de la piedra misteriosa de que habla Zacarías, denota sin duda alguna, que esta piedra es el emblema de Nuestro Señor, el fundamento de la Iglesia. ¿Mas, por qué Dios se la muestra al profeta con siete ojos, y no con dos ó con uno? ¿Qué razon de preferencia tiene el número siete sobre los demás? Recordemos desde luego que siendo esta figura obra de la Sabiduria divina, no puede haber en ella nada de arbitrario: cuanto más extraña parezca, más fundamento tenemos para suponer un sentido profundo y altas enseñanzas. Para venir en conocimiento de esto, oigamos á los que Dios mismo encomendó la explicacion de sus oráculos, confiándoles el secreto de sus pensamientos.

“En esta piedra única, dice San Gregorio el Grande, hay siete ojos, y la piedra es Nuestro Señor. Decir que esta piedra tiene siete ojos, es decir que el Espíritu de los siete dones reposa en el Verbo encarnado. Entre los hombres, este posee el don de profecía; aquel, el don de ciencia; otro, el don de milagros; otro, el don de lenguas; otro, el don de interpretacion, segun la distribucion que el Espíritu Santo tiene á bien hacer de sus dones; pero ningun hombre los posee todos juntamente y en toda su plenitud. Mas nuestro divino Redentor ha hecho ver, que al revestirse de nuestra flaca naturaleza, poseia cual Dios todos los dones del Espíritu Santo. Por eso reúne en su persona todos los ojos brillantes de que habla la profecía (1).”—Tal es tambien la interpretacion de los otros Padres y de los más célebres expositores.

Resta explicar el sentido de las últimas palabras del profeta: “Yo labraré por mí mismo esta piedra, y quitaré

1. *Super lapidem unum septem oculi sunt* Huic nim lapidi (Christo) septem oculos habere. est simul omnem virtutem Spiritus septiformis gratiæ in operatione retine & *Moral*, lib. XXIX, 16. Ita *S. Hier.*, *S. Remig.*, *Rupert.*, *Emmanuel*, et alii.

la maldad de la tierra, y descansará cada uno debajo de su viña y de su higuera." ¿Quién será el autor de las magníficas grabaduras que adornarán la piedra viva, base eterna de la Iglesia? El mismo que habla por boca del profeta, el Espíritu Santo en persona. Aquel, que en la Encarnación grabará con perfección inimitable el cuerpo y el alma del Redentor. Aquel, que con arte no menos maravilloso unirá personalmente al Verbo encarnado esa alma y ese cuerpo. Aquel, que adornará esa alma con tanta sabiduría, virtud, gracia y gloria, que la hará como un cielo divino resplandeciente con todo el brillo del sol, de la luna y las estrellas. Aquel Espíritu de amor que con la acerada punta de las espinas, los clavos y la lanza, formará en el cuerpo adorable de la augusta víctima las cinceladuras adorables, que los ángeles admiraron durante la pasión, y que encenderán por toda una eternidad el amor de los bienaventurados.

¿Cuál será el efecto de esas sangrientas cinceladuras? La abolición de la iniquidad. La sangre del Redentor fluyendo á borbollones por las incisiones del divino grabado con que el Espíritu Santo adornará su carne inmaculada, purificará de sus crímenes al mundo. Dios aplacado derramará sus gracias sobre el linaje humano, y la paz del hombre con Dios será el principio de la paz del hombre con sus semejantes. ¿Es posible pintar con más vivos colores la acción simultánea del Hijo y del Espíritu Santo en la regeneración del linaje humano? Los hechos realizados desde el Pentecostés cristiano, ¿dejan la menor duda sobre la influencia del Espíritu Santo en el mundo, ó la menor oscuridad sobre sus operaciones en el Verbo encarnado, ó la menor ambigüedad sobre las palabras del profeta? (1)

1. Hic lapis e terra et ex virtute et arte cons. at Dei significat autem in terra Virgine ortum, sed virtute Spiritus Sancti artificiose cælatum. *S. Iren., De heres., III, 28.*

Fácil sería continuar este cuadro, que comenzó en el origen de los tiempos y se va desarrollando con los siglos. Veríamos al Verbo, por quien todo ha sido hecho, y al Espíritu Santo, por quien todo ha sido rehecho, unidos constantemente en las predicciones de los profetas. Oiríamos á la misteriosa Judith celebrando su misteriosa victoria y anunciando en su misterioso canto, otro triunfo más glorioso sobre otro Holofernes más temible que aquel á quien acababa de cortarle la cabeza, nombrando, en fin, al futuro vencedor del gran Holofernes y exclamando: "Adonai Señor, grande eres Tí y muy esclarecido en tu poder, y á quien nadie puede vencer. Sírvate toda criatura tuya, porque dijiste y fueron hechas, enviaste tu Espíritu, y fueron criadas, y no hay quien resista á tu voz. Los montes con las aguas se moverán desde los cimientos: las piedras se derretirán como cera en tu presencia. Mas aquellos que te temen, grandes serán delante de Tí en todas las cosas (1)."

El género humano, que por tanto tiempo habia estado prosternado á los piés de Satanás, ¿cuándo comenzó á arrojarse ante el verdadero Dios? ¿Qué espíritu quebrantó los imperios paganos, redujo á polvo los muros y los templos del Capitolio y colocó la cruz victoriosa en la frente de los Césares? ¿A qué época se remonta la generación de los verdaderos hombres grandes, los apóstoles, los mártires, los santos que se santificaron en el trono ó en el yermo, nobles vencedores todos ellos de sí mismos y del mundo? A estas preguntas todas las voces responden bendiciendo al Espíritu Santo y al Cenáculo.

El profeta que canta las maravillas de la Sabiduría increada, no deja de unirle el Espíritu Santo. El hombre inspirado ve en su éxtasis toda la tierra cubierta de tinieblas.

1. *Judith., xvi, v. 16-19.*

Los hombres vacilantes andan á tatas en pleno mediodía, toman lo falso por lo verdadero, el mal por bien, ignorantes de Dios y de sí mismos. Ante este espectáculo: "Señor, exclama el Sábio: ¿Y quién sabrá tu consejo, si Tú no le dieres sabiduría, y desde lo más alto enviases tu Santo Espíritu? Y así sean enderezados los senderos de los que están en la tierra, y aprendan los hombres las cosas que á Ti te plaeen (IX, 17).

Espíritu de luz, que disipará la noche del mundo moral, larga noche de dos mil años, noche profunda que hacian palpable los resplandores vacilantes de la razon, en vez de disipar su oscuridad. Espíritu de fortaleza, que llenando al hombre de un valor desconocido, lo apartará del camino del vicio y lo hará andar con paso firme por los difíciles senderos de la virtud. Tal es el doble carácter con que fué anunciado el Espíritu necesario para la salvacion del mundo. ¿Habrá necesidad de decir, que estos dos caracteres le convienen al Espíritu Santo, y que no convienen más que á El? ¿No están escritas al frente de todas las obras regeneradoras, que comenzadas en el dia de Pentecostés continúan ante nuestros ojos para no concluir más que en el umbral de la eternidad?

En restámen, el Hijo y el Espíritu Santo van siempre juntos en las predicciones de los profetas. No siendo el uno menos necesario que el otro para la regeneracion del mundo, ha querido Dios que fueran igualmente anunciados. Estas dos figuras dominan toda la historia, iluminan todos los acontecimientos, motivan todos los suspiros, y sostienen todas las esperanzas del mundo antiguo como deben excitar eternamente la gratitud del nuevo.

Al modo que estudiando todas las circunstancias del nacimiento, de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo,

su carácter, su doctrina y sus milagros, es imposible no reconocer en El al Mesias anunciado por los profetas, así considerando las obras maravillosas y las operaciones íntimas del Espíritu del Cenáculo, es imposible tambien no adorar en El á la tercera persona de la Santísima Trinidad, tan claramente anunciada á los oráculos proféticos. El paralelismo constante, cuyos rasgos principales acabamos de reseñar, va á continuar en la preparacion del Espíritu Santo.